

DON DIEGO RAFAEL DE GUZMAN

La muerte de don Diego Rafael de Guzmán priva a la literatura colombiana de uno de sus más doctos cultivadores y de una de sus más interesantes figuras.

En el sillón de secretario de la Academia de la Lengua, el señor de Guzmán es irremplazable: nadie sabía como él redactar una memoria reglamentaria; convertir una simple acta en una pieza literaria; elevar un menudo incidente a la dignidad del estilo académico; honrar en frases de severa elocuencia la memoria de un socio benemérito. Y la apostura que adoptaba y la voz con que leía, contribuían a dar a sus piezas académicas un carácter especial e inconfundible, que hacía más solemnes las sesiones del Instituto.

El señor de Guzmán fue siempre y en todas las épocas de su vida, un hombre de letras. Aun cuando era varón de arraigadas convicciones que en su juventud lo llevaron al campo de batalla, no tuvo ambiciones políticas; y en el desempeño de elevados cargos oficiales, nunca olvidaba sus amadas letras, objeto feruiente de su culto.

No obstante esto, la producción literaria del señor de Guzmán no fue muy abundante. Era gran lector, especialmente de obras clásicas y de modernas producciones francesas; pero era tardo para tomar la pluma, aun cuando una vez comenzado un trabajo lo llevaba a término sin dificultad. Pero quizá el mismo anhelo de dar a su pensamiento forma acabada e irreprochable, era causa de que fuera aplazando la realización de planes literarios de tiempo atrás acariciados. Y así quedaron en proyecto o a medio hacer importantes estudios.

No es, desgraciadamente, caso raro en Colombia que hombres eminentes, que han acopiado una erudición

muy vasta y manejan la pluma con destreza de maestros, lleguen al fin de una larga existencia, sin dejar más que unos pocos escritos como muestra de todo lo que hubieran podido hacer si su labor escrita hubiera sido más constante. De talentos de primer orden no quedan sino dos o tres folletos sobre temas de circunstancias. No fue éste el caso del señor de Guzmán, pues con sus escritos académicos, aun cuando exigüos en relación con su capacidad intelectual, podría formarse, sin embargo, un hermoso volumen que serviría a los jóvenes como dechado de severo y clásico estilo y de elevado y limpio pensamiento.

Podría creerse que las formas algo arcaicas en que sabía envolver su pensamiento don Diego Rafael, eran fruto de una penosa y dilatada labor de taracea, semejante a la del artífice que con fragmentos de carey y de marfil reconstruye un mueble antiguo. Pero nada más lejano de la verdad. El señor de Guzmán se empapó desde su niñez en el lenguaje de los clásicos, especialmente de Cervantes; lo convirtió en sustancia propia y aun hablando familiarmente empleaba sin esfuerzo, de manera espontánea y sencilla, términos que los demás tendríamos que ir a buscar en los textos de la edad de oro. No ofrece, por tanto, su estilo, el retorcimiento retórico de que hacía gala en sus discursos académicos don Patricio de la Escosura. Ni siquiera era aficionado a esos períodos inmensos, llenos de incisos que han empleado algunos imitadores modernos del giro de los clásicos.

En cierta época de su vida el españolismo del señor de Guzmán llegó a ser tan absorbente, que espiritualmente residía en la villa y corte de Madrid, participando de las juntas académicas, de las sesiones del parlamento, de las discusiones del Ateneo y aun de los acontecimientos sociales. Le eran familiares las calles de

Madrid y señalaba sin vacilar la residencia de los grandes escritores. Más adelante tomó afición a las cosas francesas, cambió la *Ilustración Española* por la de París, y más bien que *La Epoca* leyó la *Revue Hebdomadaire*. Se aficionó, sobre todo, al moderno teatro francés, el de Dumas y Augier y de aquellos de sus sucesores que, aun tratando escabrosos temas sociales, han sabido mantener el decoro de la escena. Pero estas constantes lecturas francesas no tiñeron su estilo de la más ligera sombra de galicismo: su armadura clásica era demasiado firme y bien trabada para que diera paso a influencias contrarias, que pudieran llevar un germen morboso a su sana complexión intelectual.

Fue el señor de Guzmán, como tantos otros colombianos ilustres, un discípulo entusiasta de las doctrinas gramaticales y filológicas de don Andrés Bello, y uno de sus timbres de educador está en haber enseñado por más de un cuarto de siglo, en el venerable Colegio del Rosario la gramática magistral del ilustre venezolano, con cabal conocimiento del delicado y profundo análisis del mecanismo del idioma que ella contiene.

Entre los discursos académicos del señor de Guzmán, hay dos que sobresalen, por su extensión, por la elegancia de su estilo y la importancia de sus temas. El primero es el que pronunció en la sesión inaugural de 1883 y que tiene por asunto «La novela.» Es una sabia disertación, en que el autor, que en sus primeros años se había ensayado en el género, con una imitación de las novelas pastoriles españolas, traza los orígenes de la ficción novelesca en las literaturas clásicas y después de recorrer el ciclo caballeresco llega a Cervantes, ídolo de sus aficiones literarias. El otro discurso fue pronunciado en 1910, cuando la Academia Colombiana, después de larga interrupción de sus labores, reaparecía ante la nación para celebrar el centenario de la independencia.

El secretario de la corporación tendía la vista atrás y hallaba el camino sembrado de tumbas ilustres. Todos los académicos muertos habían sido sus cofrades, sus amigos; alguno había sido su maestro. El dolor del recuerdo avivaba el sentimiento de admiración que le inspiraba esa verdadera *schiera d'inmortali* (para emplear la frase de Leopardi); y esas varias emociones se reflejan en los cálidos y vibrantes períodos en que el orador hace el elogio de cada uno de los que ya no podían responder a la lista académica.

A él también le llegó su turno. Ya no le veremos levantarse, grave y solemne, en medio de las sesiones académicas, para dar lectura a sus bien torneados informes. Ya no oiremos la franca risa con que hacía coro a cualquiera ocurrencia de sus colegas; ni le escucharemos cuando hacía constar, con énfasis infantil, su opinión contraria a las que otros exponían con ánimo de moverlo a contradicción. No se borrará de nosotros el dulce recuerdo de este varón cristiano, noble y justo, archivo del castizo decir, que desde su primera juventud parecía un anciano por la gravedad de su continente procer y que llegó a edad proveya guardando en su corazón la ingenuidad candorosa de un niño. En los últimos veinte años sufrió grandes pesares domésticos, pero los aceptó con cristiana resignación, ahogando, con su serena filosofía práctica, todo brote de ese pesimismo desolador que crece como yerba venenosa, en espíritus mal pertrechados para el sufrimiento. Murió abrazado a la cruz y con la confianza puesta en las eternas esperanzas.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

